

LIBROS

66

LETRAS LIBRES
JULIO 2015

Gregorio Morán

• EL CURA Y LOS MANDARINES.
HISTORIA NO OFICIAL DEL BOSQUE
DE LOS LETRADOS

Diego Zúñiga

• RACIMO

C. M. Mayo

• ODISEA METAFÍSICA HACIA
LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Guillermo Arreola

• FIERROS BAJO EL AGUA

**Linda Manzanilla y Leonardo
López Luján (coordinadores)**

• HISTORIA ANTIGUA DE MÉXICO

Francisco Goldman

• EL CIRCUITO INTERIOR. UNA
CRÓNICA DE LA CIUDAD DE MÉXICO



ENSAYO

Visconti puro



Gregorio Morán
EL CURA Y LOS
MANDARINES.
HISTORIA NO OFICIAL
DEL BOSQUE DE LOS
LETRADOS. CULTURA Y
POLÍTICA EN ESPAÑA,
1962-1996
Madrid, Akal, 2014,
832 pp.

✎ **CHRISTOPHER
DOMÍNGUEZ MICHAEL**

Recibí, como regalo de los Santos Reyes, un ejemplar de esta obra de parte de un amigo, profesor de historia en la Universidad de Chicago, quien se preguntaba si alguien, algún día, se atrevería a escribir una historia de los mandarines mexicanos como esta que acababa de perpetrar contra el mandarinato peninsular el polémico Gregorio Morán (Oviedo, 1947), cuyo libro, para empezar, fue rechazado por Planeta cuando ya estaba a punto de imprimirse, por decir, en sus páginas finales, cosas feas sobre Víctor García de la Concha, director de la Real Academia Española hasta 2010.

Poco después, al saberme dispuesto a reseñar el mamotreto para *Letras Libres*, recibí de nuestra redacción española el enlace que me conducía a una enérgica reseña, publicada en *Claves de Razón Práctica*, en contra de *El cura y los mandarines* escrita por Jordi Gracia. Habiendo leído, con sentimientos encontrados, varios de los libros de Morán y reseñado un par de los de Gracia (su biografía de Ortega y Gasset, hace meses apenas), con quien me identifico generacional e intelectualmente, hube de interrumpir lo que estaba haciendo y dediqué más de dos días a la lectura intensiva de las casi ochocientas páginas de contenido de esta “Historia no oficial del Bosque de los Letrados”, subtitulada en homenaje a la novela china de Wu Jingzi aparecida en el siglo XVIII y de dimensiones semejantes.

La extrema dureza de Gracia es, en cierta medida, justificada, pues el de Morán es un libro escrito, al menos en sus primeros capítulos, contra *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España* (Anagrama, 2004), de Gracia, a cuyo autor no menciona por su nombre y a cuyas tesis se refiere llamando desdeñosamente no resistentes sino opositores “silenciosos” al grupo de intelectuales (los Laín Entralgo o los López Aranguren junto al inclasificable Dionisio Ridruejo) que a partir de 1956 empezaron a deslindarse de lo que quedaba de la Falange pura y dura e intentaron, siguiendo las sibilinas indicaciones del último Ortega, hacer girar, paradójicamente, al nacionalcatolicismo franquista hacia el liberalismo. Y digo que aquello era una paradoja dado el laicismo de Ortega (la única congruencia que Morán, autor de *El maestro en el erial*, le concede al filósofo), pues si algo demuestra *El cura y los mandarines* es que fue en la todopoderosa Iglesia católica española, desgarrada entre el Opus Dei y sus enemigos pero presente en cada rincón de la Península, donde se incubó el final del franquismo. Sin la sacudida del Concilio Vaticano II, la única

oposición sólida y eficaz al caudillo habría seguido siendo la de los únicos “cristianos viejos”, los militantes del Partido Comunista de España (PCE), cuya “grandeza y miseria” ha narrado Morán en otro de sus libros.

Curiosamente, releendo mi reseña de *La resistencia silenciosa*, aparecida en *Letras Libres* hará una década, mi principal objeción a aquel muy buen libro de Gracia es parecida a la de Morán, pero en el sentido inverso. Si para la mente cerril de este último esa “oposición”, en caso de que lo fuera, se caracterizó, en esencia, por su silencio acomodaticio y trepador, para mí, la creciente diversidad intelectual en el interior del franquismo y sus facciones católicas, tecnocráticas o falangistas, todas ellas sujetas a análisis a través de la paleontología del fascismo europeo en general, prueba que la patibularia, de principio a fin, España del caudillo no podía caracterizarse, después de 1943, como un régimen totalitario, asunto que Gracia daba por hecho con herramientas conceptuales débiles y escurridizas.

Pero allí termina mi coincidencia con Morán y hago mías las palabras de Gracia cuando afirma en *Claves de Razón Práctica* que “este libro dice deshabilitarnos de la modorra democrática pero en realidad es un ajuste de cuentas orgullosamente vestido de *historia no oficial* de la transición intelectual y cultural del franquismo a la democracia. Morán ha sido víctima en él de la neurosis del redentor por una mezcla de españolez como herencia cultural falangista y de retórica de la rebeldía juvenil, hoy sobrecitada con el fin del ciclo que vivimos”, pues la prepotencia y “el síndrome del héroe le han jugado la peor mala pasada: ha escrito un libro para adular a las juventudes airadas de hoy y figurar como el nuevo gurú que desvela las sentinas de una cultura corrupta. No estoy nada seguro de que necesite nadie un salvapatrias cultural, una especie de Tejero de las letras españolas” que las redima del fraude y la mentira.

Tan es así que Morán escogió como epígrafes de los capítulos de su libro poemas de autores precozmente “suicidados” por la opresión franquista y su obra, debo decirlo, habiendo sido desde siempre matona y “cojonuda”, de aquellas que apelan más a la testosterona del lector que a su inteligencia (en lo cual fue inigualable el exhibicionista Paco Umbral, uno más entre los sacados a paseo y liquidados por Morán), ha ido bajando en calidad retórica. Fragmentos enteros de esta colosal y absorbente chismografía con intenciones de severa corrección moral me hicieron reír tanto como la primera vez que escuché doblado —pues en México rara vez se hace semejante cosa— al castellano matritense a Woody Allen en algún cine de la Gran Vía, en la época en que todavía Blas Piñar organizaba plantones contra películas irrespetuosas con la cristiandad. Pero la distancia impuesta por el Atlántico me hace tener por provechosa e instructiva la lectura de *El cura y los mandarines*.

La obra comienza en 1962 por una multitud de razones que Morán enumera: no solo se casaron don Juan Carlos y doña Sofía, Franco pidió una primera cita con la Comunidad Económica Europea, fue detenido, juzgado, torturado (y fusilado al año siguiente) Julián Grimau, el último de los combatientes comunistas juzgados por su actuación en la Guerra Civil, sino se verificó el llamado “contubernio de Múnich” que reunió por primera vez a la oposición no comunista al caudillo y en el cual participó ya el cura Jesús Aguirre, muerto duque de Alba, que Morán convierte en “el hilo conductor” de su libro y según Gracia en “el payaso de las bofetadas” del mismo. El primer llamado de alerta a la juventud indignada tocado a rebato por Morán es que aquellos tímidos y blandengues opositores al régimen eran, en su inmensa mayoría, algunos de sus hijos —demócrata cristianos, liberales o falangistas penitentes—, a quienes la gerontocracia en el poder no les daba chance de relevarla en la

tarea de martirizar al pueblo español o administrar, los mejor intencionados, su modernización. No es poca cosa la noticia anunciada por Morán: una vez más viene de España una exigencia de limpieza de sangre.

Lo curioso es que el escarnio de Jesús Aguirre (1934-2001) a lo largo de tantas páginas logra los efectos contrarios a los que se propuso Morán porque él mismo, como todo bravucón, es un sentimental y le conmueve, como si fuera propia, la aventura de quien fuera el alma de la editorial Taurus y el traductor, entre otros, de Walter Benjamin, además de destacado funcionario cultural de la Transición. En el fondo, Morán no quiere contarse (y no se cuenta, tras ochocientas páginas) entre los mediocres que envidiaban a ese condiscípulo de Joseph Ratzinger. Y, en efecto, es de novela el derrotero de este hijo de madre soltera nacido accidentalmente en Madrid, aunque de solar santanderino, consagrado sacerdote (posición vedada para los bastardos hasta que Wojtyła dispuso lo contrario) y con un inmenso olfato político y cultural (innato en los oportunistas stendhalianos citados por Morán), que se vuelve mandarín de la escena cultural española y deviene, gracias a un hermoso (por inusual desde nuestras tristes repúblicas masónicas donde no se puede escribir sobre mandarines y duquesas) final, duque de Alba, pues yo como el llorado José Emilio Pacheco, también leo ¡HOLA! a escondidas, de preferencia cubierto por el ejemplar de la semana del *TLS*.

Para pecados horribles de doblez, peculado, hipocresía, falta de escrúpulos y muy relativa estatura literaria, está sin duda Camilo José Cela. Tras leer el libro que dedicó Gustavo Guerrero a su aventura venezolana y el magnífico capítulo con el cual Morán lo acaba de fulminar, con todo y sus *Papeles de Son Armadans*, creo que hay unanimidad en que no ha habido escritor en español más repugnante, al grado que años después, ya con el Nobel en la

bolsa, intentó sacarle a Jesús Gil y Gil lo que a Pérez Jiménez y escribir una novela venal sobre Marbella. Frente a Cela, Aguirre solo cometió “pecadillos” y, tras el Juicio Final al cual lo ha remitido Morán, saldrá bien librado. Fue un trepador, pero ¿quién no lo es?, como lo sabemos todos, después de Napoleón, previa lectura de *Rojo y negro*. Que la difunta Cayetana de Alba, la duquesa, lo haya hecho consorte, a mí, ciudadano de una república boba, me divierte pero a Morán, súbdito de una monarquía, parece indignarle, como si ese desenlace más bien viscontiano probara la mala sangre de toda la intelectualidad que hizo la Transición.

Aquel joven seminarista, hablante perfecto del alemán tras cursar teología en Múnich, además de homosexual de clóset y amigo de medio Estado, promotor del entonces muy excitante diálogo entre cristianos y marxistas, editor y hombre orquesta, resumiría el vicio de origen del mandarinato español. Desde estas riberas indianas, no he podido averiguar qué actos heroicos le han dado a Morán semejantes aires de superioridad moral, además de haberse ido del Partido Comunista de España en las vísperas de su legalización, acaso para no comprometerse (como lo hacía Cela en circunstancias graves), pero me temo que Gracia tiene razón: la camisa vieja azul mahón llevada por Morán de pijama por debajo de la ropa de calle a ratos sale a relucir.

Obra tan extensa como la de Morán no puede estar exenta de descubrimientos y gratificaciones, sobre todo para el lector extranjero a quien España no le duele especialmente. Las páginas sobre el psiquiatra Luis Martín-Santos y su *Tiempo de silencio*, publicada poco antes de su muerte accidental en 1964, son estupendas e invitan a conocer a un autor cuyo desvanecimiento no sé si sea justo, de la misma manera que, desde México,

el capítulo dedicado a Max Aub, también olvidado aquí, me emocionó. Probablemente sea, como dice Morán, el novelista de la Guerra Civil y yo agregó, una vez publicados sus diarios íntimos mexicanos la década pasada, una de las inteligencias más observadoras del México real, que no abundaron en aquel exilio. El Aub público, el de *Ensayos mexicanos* (1974), se abstenía, por mor de gratitud, de toda crítica hasta resultar pintoresco, como José Gaos cuando trataba de corresponderle al general Cárdenas su acogida elevando los méritos académicos muy poco meritorios de los filósofos mexicanos. También son provechosos los retratos que Morán hace de Julián Gorkin, que como muchos antiguos trotskistas acabó conspirando contra los soviéticos con dineros de la CIA, y de Salvador de Madariaga, el inventor de aquello de las tres Españas, que originalmente eran las de Francisco Giner de los Ríos, Francisco Largo Caballero y Francisco Franco, desde la perspectiva de intelectuales como Mary McCarthy, Nicola Chiaromonte y Manès Sperber, quienes trataban, a principios de los años sesenta, de que la naturaleza brutal del régimen franquista no se viera con normalidad en Occidente.

Como catálogo de los horrores franquistas, estéticos y políticos, desde “los xxv años de paz” con que el régimen sedicioso festejó su victoria en 1964 hasta el olvidado estado de excepción de tres meses decretado a principios de 1969 como cordón sanitario tras el mayo francés, *El cura y los mandarines* será lectura provechosa para quienes dicen que “el régimen del 78” es un franquismo reciclado. Aquello del 69 fue detonado por el asesinato, disfrazado de suicidio, del joven estudiante Enrique Ruano, a quien el cura Aguirre confesaba e instruía y cuya muerte lo precipitó a vestirse de seglar aunque formalmente no colgara los hábitos hasta la víspera

de su boda con la duquesa de Alba en 1978.

Personajes incombustibles de la política y la cultura españolas aparecen y desaparecen, bien delineados, a lo largo de un libro donde se conocen vida y milagros (aunque se insista, eclesiásticamente, en los pecados cometidos por los *progres* para sobrevivir) de José Bergamín, Pío Cabanillas, Fraga Iribarne, un Jorge Semprún despreciado, otra vez, por escribir en francés, o Fernando Savater, sin olvidar a los comunistas catalanes o a los socialistas de Rafael Llopi. ¡Vaya, ni el simpático Vázquez Montalbán se salva!, como apunta Gracia. Ha filmado Morán, en blanco y negro, una película de la España contemporánea que mucho tiene de neorrealismo sufriente y piadoso, película que curiosamente pierde fuelle (o lo perdí yo cercano a la página seiscientos) cuando entramos a la parte que debería ser la más atroz de la demonología moraniana: la Transición. Aquí los chismes son más inofensivos (es lógico, medio mundo sobrevive y puede pagarse un abogado) pero sobre todo se hace más evidente la incomprensión sociológica exhibida por Morán ante la asignatura “cambio de régimen”.

Palabras más, palabras menos, tal pareciera, y caricaturizo un poco, que la Transición fue, para Morán, una conspiración de las élites, iniciada en 1962 para abonar sus chequeras y limpiar su sangre, la cual tuvo éxito gracias a la fatalidad misteriosa de la muerte de Franco en 1975. Sin duda, Morán aporta datos duros e historias curiosas como la fiebre ultraizquierdista importada, moda maoísta, de la vecina Francia en 1974 y que llevó a un Juan Benet a burlarse del conservador Solzhenitsyn cuya sobrevivencia, dijo, era una prueba de la ineficacia del gulag; el entusiasmo de los antifranquistas por la dictadura hermana, no solo por gallega, impuesta sobre Cuba por los Castro;

la aparición de *El Viejo Topo* como el primer impreso español de interés que llegaba a América desde los descoloridos ejemplares de *Hora de España* que traían los desterrados en sus maletas; la desdeñada influencia de la Revolución de los Claveles en el vecino Portugal, que quitó el sueño para siempre a los jenízaros moros o el desdén —tristemente el dicho mexicano de que el que se fue a la villa perdió su silla siempre se aplica cuando termina una dictadura— por los pocos exiliados dueños de vida y salud que regresaron a una tierra que los recibió con mezquindad.

Si la escena final del libro es adecuada —mirar al triunfante (y muniendo y derrochador) Partido Socialista Obrero Español de las mayorías absolutas mirándose en el espejo de la gran exposición de 1988 sobre Carlos III y la Ilustración—, no lo es el que debió ser el bocado de cardinal para Morán, su buena idea, trunca y solo anecdótica, del periódico *El País* como una suerte de “intelectual colectivo” que sustituye a la baja moral de la inteligencia española a la que pertenece el autor de *El cura y los mandarines*, y que él mismo tanto desprecia: la vieja historia del intelectual que odia a los intelectuales. Ese capítulo habría sido clave para abrir el tema de democracia y transición, política y negocio, sobrevivencia de lo viejo en lo nuevo, asuntos de una complejidad a lo Tocqueville, para ponernos pedantes, que rebasan a un chismógrafo puritano como Gregorio Morán. Al final, con justicia poética, el libro acaba por deberle todo a su antihéroe, ese duque de Alba que al morir cierra un cuento de hadas que valió la pena leer. Decadente, patético y como lo sublime, tentado por el ridículo, quizás Aguirre deliró como Luis II de Baviera. Visconti puro, sí. Pero también es un libro —no se olvide— que cuenta, pese a las intenciones destructivas de su autor, la feliz historia de la atribulada democracia española. —

NOVELA

Las heridas y las apariencias



Diego Zúñiga
RACIMO
 México, Literatura
 Random House, 2015,
 248 pp.

FERNANDA MELCHOR

Una niña de pelo largo pide aventón a un costado de una carretera, una estudiante de calcetas blancas y *jumper* oscuro que tiene prisa por llegar al colegio: se trata de una imagen cotidiana a lo largo de la carretera que conecta la ciudad de Iquique con la comuna de Alto Hospicio, al norte de Chile, una región desértica y empobrecida en donde las niñas, mochila al hombro, dependen de la gentileza de extraños para llegar al liceo. Una imagen que se convierte en parte de la cotidianidad del fotógrafo Torres Leiva, recién llegado desde Santiago, hasta que una mañana brumosa encuentra a una de estas niñas tirada a un costado de la carretera, golpeada y violada, pero viva, de vuelta entre los suyos, a diferencia de la docena de muchachitas que, a lo largo de varios años, han desaparecido en esa zona camino a la escuela y que nadie ha encontrado, ni sus impotentes familiares, ni la prensa explotadora que parasita estas tragedias, y mucho menos un negligente cuerpo de carabineros más competente a la hora de esfumar ciudadanos que de aparecerlos.

Inspirada en la realidad de Alto Hospicio, comuna de la región chilena de Tarapacá habitualmente golpeada por la pobreza, la migración y los maremotos, *Racimo* del periodista Diego Zúñiga (Iquique, Chile, 1987) es un intento por novelar los crímenes reales cometidos por Julio Pérez Silva, también

conocido como “el psicópata de Alto Hospicio”, violador y asesino de más de una decena de adolescentes de esta región en los años noventa. Aunque no es una obra que pueda inscribirse dentro del género *true crime*, algunas de sus virtudes son resultado del extenso conocimiento que su autor tiene de la práctica periodística, y no es por capricho que la reconstrucción de estos crímenes haya sido ficcionalizada a través de la perspectiva de dos personajes que ejercen este oficio: Torres Leiva, un fotógrafo de bodas recién divorciado que acepta un puesto en un periódico de Iquique y entra en contacto con las desapariciones de niñas por mera casualidad, y García, un reportero sin escrúpulos a quien importa más escribir y vender un libro en torno a los crímenes que en investigar quién está realmente detrás de los mismos. En torno a estas dos figuras ficticias gravitarán también una serie de presencias más bien arquetípicas de todo drama criminal en América Latina, personajes que también se debaten entre lo imaginario y lo factual: las abuelas y madres luchonas que claman justicia para las víctimas, diputados que basculan entre la solidaridad y el oportunismo, y la habitual caterva de policías siniestros, psíquicas perplejas y barbajanes asiduos a fiestas en donde se prostituyen jovencitas.

La habilidad periodística de Zúñiga es igualmente notoria en la investigación que realizó sobre los crímenes, el entorno de Alto Hospicio y la época, así como en la diligencia con que el autor expone —o disfraza la ausencia de— estos datos en la narración. Periodística es también esta suerte de incertidumbre que recorre la obra y que impide a los personajes y al propio lector determinar quién o quiénes son los verdaderos culpables de las desapariciones: ¿se trata acaso de la actuación exclusiva de un asesino serial, de una red de explotación sexual o simplemente de adolescentes que deliberadamente huyeron de la pobreza y el maltrato al interior de sus familias? Esta incertidumbre resulta

verosímil en el contexto de impunidad feminicida que reina en buena parte de América Latina, donde —extrapolando a una dimensión continental— lo que el escritor y también periodista Vicente Leñero afirmaba sobre el crimen en México— lo común y cotidiano es que las investigaciones policiales se cierren sin haberse siquiera investigado ni resuelto, y mucho menos cuando las víctimas son mujeres.

Pero, a pesar de estas virtudes, *Racimo* presenta algunas deficiencias en la construcción de la intriga, propiciadas por las limitaciones de una voz narrativa ambiciosa pero mal afinada, y no tanto por la duda o la incertidumbre con respecto a un final concreto que espejea la realidad. En sus mejores momentos, el narrador de Zúñiga, anclado la mayor parte de la novela en tiempo presente, es capaz de acrobacias interesantes: “Atravesar, ayer como hoy, el desierto sin dormir, rápido, ver la noche y ver el día y descansar, quizá, por un par de horas a un costado de la carretera, como los camioneros, que no distinguen la vida de los sueños, sino que

solo conducen rápido, sin pensar que en esa pequeña línea que separa todo está la muerte esperando.” Pero, en momentos claves de la novela, esta misma voz, tal vez presa del vértigo, acelera la acción a tal grado que la tensión dramática se esfuma —el nacimiento y la muerte del idilio entre Torres Leiva y la detective Ana, por ejemplo, será despachado en cuatro líneas— o bien, por el contrario, la narración se lentifica para abundar en torno a una serie de imágenes que, en su mayoría, carecen de relevancia para la historia. Estos momentos morosos, prácticamente congelados, tienen el inconveniente de producir en el lector la impresión de estar asistiendo a la simple descripción de imágenes y estampas.

Es cierto que algunas de estas imágenes que Zúñiga describe son impactantes e incluso algunas están dotadas de un aura de misterio: mi punto es que la simple descripción no es suficiente para hacerle justicia a un tema como el de la desaparición y explotación de niñas, y la lucha contra viento y marea de un grupo de personas por rescatarlas. Porque, si bien es posible que toda novela sea, en su inicio, una colección de estampas que el autor recoge en su transcurso por el mundo y en las que se regodea en soledad —una niña de pelo largo que pide aventón a un lado de la carretera; una niña de calcetas blancas manchadas de sangre—, para comunicar literariamente estas imágenes es necesario hilvanarlas en un discurso que intente explicar lo que en ellas sucede, lo que significan para el autor y para los personajes; alejarse de la pretendida objetividad periodística que enseña que la imagen es solo un instante embalsamado que hay que conservar a la distancia.

“Solo lo que narra puede hacernos comprender”, escribió Susan Sontag contra la idea de que la simple confrontación con las imágenes puede producir algo más que sentimentalismo. Solo lo que narra puede hacernos comprender la verdad que se oculta detrás de las apariencias: cómo y por

qué la imagen de una niña de pelo largo que camina al borde de la carretera deja de ser un dato periodístico o una fantasía y se convierte en una especie de herida en la conciencia de quien la atesora. —

HISTORIA

Odisea hacia la amplitud historiográfica

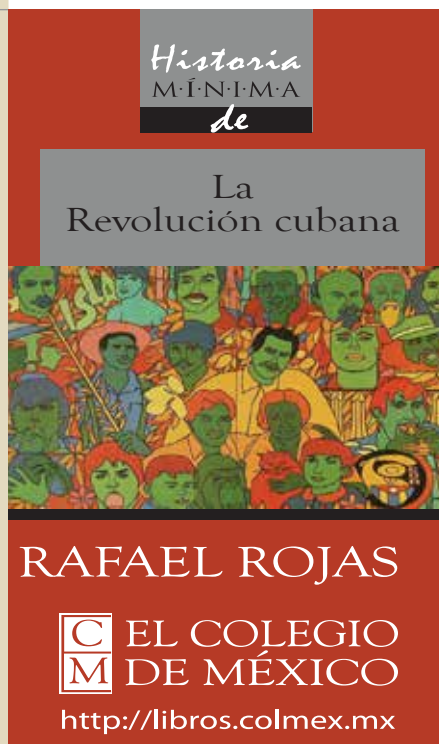


C. M. Mayo
ODISEA METAFÍSICA
HACIA LA REVOLUCIÓN
MEXICANA.
FRANCISCO I. MADERO
Y SU LIBRO SECRETO,
'MANUAL ESPIRITA'
Traducción de Agustín
Cadena. México, Literal
Publishing, 2014, 286 pp.

JOSÉ MARIANO LEYVA

Hace poco más de quince años, afuera de una biblioteca, trabé una discusión con una historiadora francesa. Le pregunté qué era lo que estaba investigando, me respondió, me dio detalles, metodologías, hipótesis y objetivos. Luego, tal vez por simple cortesía, me preguntó por mi tema de investigación. “El espiritismo en México en el siglo XIX”, le respondí. Un trazo de ira surcó su cara. “¡Eso no es historia!”, aseguró, se dio la media vuelta y se fue poniendo rápido fin a nuestra disertación académica. Al parecer se sintió engañada y, más que historiador, me tomó por un embaucador.

No sé cómo la estará pasando el día de hoy aquella colega, pero supongo que los colores de la rabia han de haber escalado ya varias veces a su cara, si ha atestiguado la variedad de temas de los que la historia se está haciendo cargo hoy. Temas que antes se creían intrascendentes o frívolos. Estudios sobre los *affaires* que el hombre ha tenido con sus producciones culturales, sus obsesiones sociales, sus rasgos perversos, sus necesidades metafísicas, y que han tomado por asalto varias academias de historia dejando un poco de lado a



las ópticas marxistas, las fluctuaciones estrictamente políticas, las gráficas de fanegas. Análisis del pasado que dejaron de ser patrimonio exclusivo de los historiadores y que elevan la importancia de la interpretación y la imaginación histórica, antes aparecida en un segundo o tercer plano. El libro *Odisea metafísica hacia la Revolución mexicana* que, hay que decirlo, tiene un título muy poco afortunado porque no da cuenta de la dimensión y amplitud de análisis que hay en su interior, se inscribe sin duda en esta nueva corriente, e incluso le exige nuevos alcances.

El volumen es un poderoso híbrido que contiene un amplio estudio sobre la vida y época de Francisco I. Madero, observado con deleite fetiche desde su filiación espiritista. Y tiene, en una segunda parte –o extenso anexo–, el libro *Manual espírita*, publicado en 1911 y firmado por Bhîma que no es otro más que el mismo Madero. Sin embargo, el análisis de C. M. Mayo es bastante más que eso.

El día de hoy ya son varios los estudios que han analizado al espiritismo como una vigorosa corriente de pensamiento establecida entre la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX mexicano, heredera de la propuesta espiritista francesa de Allan Kardec, en la misma sintonía que el espiritismo norteamericano de las señoritas Fox, hermanaada con las varias decenas de círculos, congresos y revistas espiritistas que había en buena parte de América Latina. Una propuesta nacida con el modernismo, que buscaba dar consuelo moral en momentos de crisis de las iglesias como instituciones, que sumaba a su estructura elementos de la incipiente metodología científica como la homeopatía, la astronomía o el darwinismo, pero que también provocó polémicas en diarios y revistas de la época con enemigos claros como los positivistas o los católicos, e incluso levantamientos sociales como el ocurrido en Tomóchic donde la única autoridad para la mayoría de los habitantes era la médium Teresa Urrea, la Santa de Cabora. El libro de

Mayo analiza con detenimiento estos distintos episodios del espiritismo, pero tampoco se queda ahí.

Tal vez C. M. Mayo se dio cuenta de que era necesario un nuevo estilo para abordar temas como el espiritismo de Francisco I. Madero. Abandonar un poco el tono académico más ortodoxo, y acercarse a la literatura para explicar motivos históricos que proceden de orbes personales. Y el efecto es afortunado: la vida cotidiana emerge viva –no disecada–, mientras que la vida de Madero se pinta de un tono intimista que se debe más a esa literatura que a la comprobación de la referencia. El estilo de vez en cuando se convierte en dato con los riesgos que ello implica: a partir de una fotografía de Victoriano Huerta, Mayo nos otorga rasgos de su carácter, asegurando que sus ojos “no están llenos de maldad, sino de confusión y temor”. Esto, queda claro, tiene un gran peso en el discurso histórico que de manera inevitable está construyendo la autora. Pero su texto también es un ensayo personal: nos cuenta –y no solo como introducción– la manera en la que se acercó al tema a partir de su anterior libro *El último príncipe del Imperio mexicano*, novela sobre Maximiliano de Habsburgo, y nos narra su primer acercamiento a los materiales sobrevivientes de la biblioteca de Francisco I. Madero que estaban dispuestos sobre una mesa en la biblioteca Lerdo de Tejada: documentos personales, los libros leídos por el revolucionario, un ejemplar de su *Manual espírita*.

Mayo se esfuerza por establecer un punto medio frente al Madero espiritista. Se sorprende ante la irresponsable negación que muchos historiadores han hecho de este rasgo metafísico, sobre todo teniendo en cuenta que el espiritismo, más allá de los prejuicios que hoy sostengamos sobre él, hace cien años era una doctrina filosófica muy respetada. En ese tono nos dice que a pesar de quitarse el sombrero “ante el gran profesor Friedrich Katz”, le sorprende que en

su obra *La guerra secreta en México* solo mencione de pasada que Madero era “espiritualista”, o que otro libro publicado en una “editorial universitaria” –del que no señala autor– asegure que Madero era ateo. Sin embargo, me parece que al menos la primera pifia no es otra cosa más que la contraposición de dos estilos de hacer historia. La manera en que temas antes considerados exóticos han ganado terreno dentro de ciertas academias. Una cuestión de *timing*.

La autora tampoco evita su opinión sobre la continua burla que la prensa hizo del Madero espiritista, del Madero “inocentón” que supuestamente vivía confiado en la bondad del género humano al punto de no ver la traición que le quitaría la vida y que se estaba cocinando en sus propias narices. De hecho, Mayo deja clara su postura frente a casi todo lo que estudia. Sus filias y fobias. Compara su propia experiencia cercana del poder con lo que Madero podría haber sufrido. Habla de seres complacientes hasta el hartazgo que esperan favores y que por lo mismo callan lo que consideran molesto. Lástima que lo molesto muchas veces se torne peligroso. De esta manera, nos sugiere que el error de Madero corresponde más a los laberintos de la política que a los ideales del espiritismo. De la misma manera que la cascada de burlas contra él se debían más a la libertad de prensa que instauró –y que no existía en el Porfiriato– que al hecho de ser espiritista. Sin duda, si jamás lo hubiera sido, otros rasgos habrían funcionado igual de bien para lograr el descrédito.

En algunas partes, Mayo vuelve a contar episodios que creemos bien conocidos del Porfiriato y la Revolución mexicana: la entrevista Díaz-Creelman, las apreciaciones de John Kenneth Turner en *México bárbaro*, el estado de sitio de la Decena Trágica. No se debe olvidar que originalmente el libro fue escrito en inglés y lo que en México puede parecer redundante, fronteras afuera no lo es tanto. Pero, a pesar de ello, el

paisaje tantas veces visitado resulta nuevo a través de la filiación espiritual de Madero. No es que estos episodios sirvan de escenario para ubicar el tema principal, sino que cada uno de esos momentos aparecen distintos, con nuevos recovecos y procesos, a partir del espiritismo de Madero y de toda una época.

Con todo lo anterior, al llegar al libro escrito por Bhíma, se tienen no solo las herramientas necesarias para comprenderlo a cabalidad, sino también para entender que las fronteras de la historia—sus temas, sus tonos—están siempre en constante expansión. —



NOVELA

Visión de víscera



Guillermo Arreola
FIERROS BAJO EL AGUA
México, Joaquín Mortiz, 2014, 166 pp.

GENEY BELTRÁN FÉLIX

“En realidad ya todo ha pasado y lo que aquí se lee no es más que basura memorial”, advierte Leonardo, el narrador, hacia la mitad de *Fierros bajo el agua*. Ha regresado a Tijuana, la ciudad en que vivió veinte años atrás, durante su juventud. Busca pistas sobre el asesinato de su amante, el joven Cas Medina, y sobre la vida de una talentosa pintora francesa que radicó en la frontera y cuyos cuadros están desaparecidos. El libro cuenta así una doble pesquisa: un hombre viaja al corazón de la violencia en pos de la verdad y la belleza. ¿Es posible conllevar esta ambición en un país donde los crímenes quedan impunes y el desinterés por el arte es casi general?

El pintor Guillermo Arreola (Tijuana, 1969) debutó en el terreno literario con *La venganza de los pájaros* (FCE, 2006). Esta novela corta

presenta el universo claustrofóbico de una familia en el campo duranguense. Ya se dejaban ver en esas páginas una poderosa imaginación visual, una construcción narrativa fragmentaria y caleidoscópica y una búsqueda en los estados alterados de la mente humana. El autor refrenda sus dotes en los relatos de *Traición a domicilio* (Joaquín Mortiz, 2013) y ahora los extrema con *Fierros bajo el agua*, novela compuesta por historias entrelazadas que delatan las secuelas íntimas de la violencia.

Fierros bajo el agua tiene una estructura no lineal sino reticular. Leonardo funge menos como el narrador que como el curador de una galería de testimonios, diálogos, notas periodísticas, reflexiones, referencias a expedientes judiciales y fragmentos de correos que involucran a un expolicía, el empleado de una estética, una mujer con trastornos psicológicos, antiguos conocidos de Cas y la pintora... La construcción plural y “dispersa” supone en realidad un tejido fundado para absorber la sospecha y la incertidumbre. Los relatos no son objetivos sino vehementes de tan personales, esquivos y hasta poco confiables (“yo la memoria la deposito en mi corazón”, admite uno de los personajes). Eso sí, la Tijuana que surge tiene trazos muy realistas: crímenes de odio contra homosexuales, violaciones y asesinatos de niños, falta de horizontes para los jóvenes, quienes se dedican a la prostitución y el narcomenudeo, y una abierta complicidad del crimen con el poder político.

Arreola rehúye los tópicos maniqueos o amarillistas que algunas manifestaciones de la literatura, el cine y el periodismo le han creado a la ciudad fronteriza. Esto no significa que los problemas sociales expuestos sean irrelevantes; antes bien, son un trasfondo sobre el que se lanza una crítica penetrante y áspera pues no es la ciudad sino los individuos los que gravitan en *Fierros bajo el agua*. El devenir de Cas es contado, sí, dejando en blanco pormenores sobre su muerte; a cambio se dan a conocer escenas e indicios de su vida. No hay manera de saber quién

lo mandó matar—el sistema de justicia no investiga ni castiga a los culpables—, sí de recuperar sus andanzas, de volver a ver las pautas inmediatas de su existencia. Así ocurre con otros personajes: no son títeres sino que se definen como entes dotados de deseos, gustos y frustraciones: “Nací aquí pero nací con la verga imaginación en otra parte”, dice Cas.

A través de una estructura abierta que obliga al lector a reunir voces y tiempos dispares, se crea una imagen contradictoria, desenfocada, huidiza y desmedida de la frontera, y eso ocurre porque las voces no retratan llanamente la vida en las calles de Tijuana sino los efectos que esas calles han tenido en su sensibilidad (“¿Sabes que yo tengo esta ciudad dentro de mi cabeza? Toda, completita. Y rechina en mí. Adentro de mi cabeza he cometido todos los crímenes que te puedas imaginar”). Arreola se adentra en la conciencia de las víctimas para dar la “visión de víscera”, la mirada desde lo interior, y desde ahí, desde esa vecindad con las entrañas de hombres y mujeres alienados por la violencia, *Fierros bajo el agua* hace que el lector se vea interpelado, que participe en el andamiaje de los relatos y experimente la escritura como un fenómeno de la realidad, un ser con vida propia. “El lienzo parece pedir: abrázame o hiéreme o vete”, afirma la pintora Danielle Gallois, en lo que sería, apuesto, el *motto* del mismo libro.

Por esa condición, la prosa de *Fierros bajo el agua* es todo menos “correcta”: es movediza, descentrada, convulsionada por la emotividad a menudo feroz de los localismos, y que lo mismo puede deslizarse con audacia a la imaginería poética que deglutir jergas y formalismos anquilosados, con una sintaxis suelta, diríase que irregular, expresiva de psicologías vulneradas por el miedo, la angustia y la desesperanza, personajes que anuncian tener la “cabeza resquebrajada”, la “mente toda fronterizada”. Leonardo cuenta cómo, al estar una vez escribiendo, “los caracteres habían desapareci-

do, para dar paso a una imagen oscura, encima de la cual fueron apareciendo trozos de carne, de tejidos, de nervios dilatados”. Este lenguaje orgánico, que con sus latidos y sombras simularía la fisiología de la carne y los nervios, no supone un reto críptico sino un pacto inclusivo que, si nos ponemos beligerantes, toca las orillas de la ética, pues, más que usar las historias ajenas para redactar una obra de ínfulas literarias, *Fierros bajo el agua* convierte la escritura en un campo de batalla en que el individuo reta con su voz al poder: “Se escribe con electricidad. Se narra por venganza.”

Fierros bajo el agua sería visto como un libro complejo y exigente solo si ponemos de estándar la medianía recurrente en las mesas de novedades. Una vez adentrados en el cuerpo turbulento de sus páginas, resulta difícil quedar indiferentes, y ni cómo negar que uno querría hallar más a menudo obras de este calado. He aquí un libro que transmuta los testimonios de tragedias humanas propias de un país injusto y brutal en una expresión incómoda, desafiante, tocada por la belleza del estremecimiento, que hace resonar los templos creativos de Garro o Nellie Campobello. —



HISTORIA

Obra con vida propia



Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coordinadores)
HISTORIA ANTIGUA DE MÉXICO
 México, UNAM/INAH/Conaculta/Miguel Ángel Porrúa, 2014, 4 vols.

✎ **MARÍA DEL CARMEN VALVERDE VALDÉS**

A veinte años de haber salido a la luz por primera vez, se edita por tercera ocasión la *Historia antigua de México*, a cargo de los distinguidos arqueólogos Linda Manzanilla y Leonardo López

Luján. Han pasado apenas veinte años y el día de hoy se puede hablar de una obra de consulta obligada, un libro de referencia que en dos décadas ha probado su calidad y que se ajusta a la definición de lo que entendemos por “un clásico”: una obra que establecerá modelos que serán la base de desarrollos posteriores.

Según se narra en la presentación de la obra, el propósito fue llenar un vacío: ofrecer, en un primer momento a los estudiantes de educación media superior y de licenciatura, pero después y de forma más amplia a cualquier lector, una visión completa, integral e integradora, del pasado prehispánico de México. Se dice fácil, pero estamos hablando de por lo menos tres mil años de historia “mesoamericana” (por llamar de alguna manera al desarrollo cultural de esta serie de pueblos organizados en ciudades y con todas las características que definió Paul Kirchhoff) además de por lo menos otros entre ocho mil y diez mil años más de evidencias de asentamientos precerámicos asociados a restos humanos en el territorio que muchos años después sería México. El reto no acaba ahí, porque, en todo caso, hay que contemplar a países vecinos, ya que es imposible hablar de los mayas —por ejemplo— sin referirse a asentamientos de primer orden en Guatemala, Belice u Honduras, o estudiar los procesos de migración y poblamiento del norte sin hacer referencia al sur de los Estados Unidos (las regiones definidas como Oasisamérica o Aridoamérica).

La obra completa conjuga trabajos de cincuenta especialistas mexicanos y extranjeros, que ofrecen una síntesis actualizada de aspectos como los desarrollos urbanos en las distintas áreas culturales y las relaciones entre estas. En los tres primeros volúmenes se advierte una estructura cronológica general, y, al interior de cada uno de los libros, una división regional. En el cuarto, en cambio, se abordan conceptos y temas que

trascienden tiempos y espacios tales como la religión, el comercio, el arte, la literatura, escritura y calendarios, etc. Elementos que precisamente dan a la “tradicición mesoamericana” una visión de conjunto: la unidad dentro de la diversidad.

Esto hace que, además de tener distintos puntos de vista sobre una misma región o un mismo problema (el poblamiento del continente, por ejemplo), el lector pueda acercarse al debate de conceptos y paradigmas: el mismo término de Mesoamérica es discutido a profundidad en una contribución de Eduardo Matos. Beatriz Braniff y Ernesto Vargas abordan, respectivamente, la disyuntiva de las “fronteras” norte y sur. También se examinan procesos de larga duración, como el tránsito de las sociedades nómadas a las sedentarias, y otros periodos que apenas duraron (comparativamente hablando) algunos años, como el colapso de los grandes centros urbanos al final del periodo clásico en algunas zonas; o más aún, la etapa de la Triple Alianza en el Altiplano Central de México. Desde los orígenes hasta el impacto de la conquista europea en el siglo XVI, los investigadores aquí reunidos nos llevan a visitar territorios y épocas ampliamente estudiados, pero también zonas y momentos históricos apenas contemplados en la literatura especializada.

El resultado es una obra inter y multidisciplinaria, pero también inter y multiinstitucional, que contiene trabajos sintéticos, actualizados y accesibles, que pueden ser leídos de forma independiente o como parte del conjunto general. Porque se trata de una obra exhaustiva pero general. Por ello, esta *Historia antigua de México* representa toda una forma de hacer historia: la de nuestra época.

Seria y científica, esta *Historia* está construida a partir de modelos generales que facilitan la comprensión de procesos y transformaciones. Y que, si bien remite a las generalidades, atiende también a las particularidades, a partir de la conjunción

de especialistas que se encargan de distintos periodos, lugares o temas, y que, además de los aportes de sus propios trabajos, ofrecen una amplia bibliografía, que invita a profundizar en tópicos diversos. Es así como se construye el conocimiento en los albores del siglo XXI. Imposible es ahora pensar en un sabio que, con información enciclopédica, se encargara de la obra completa o siquiera de uno de sus volúmenes. Lo que hiciera don Alfredo Chavero a finales del siglo XIX con la historia del México prehispánico en el también clásico trabajo de síntesis *México a través de los siglos* hoy en día es impensable.

Sin dejar de reconocer las virtudes de la especialización, es necesario advertir que el exceso de la misma representa algunos riesgos: en ocasiones esa especialización ha traído como consecuencia la percepción fragmentada y seccionada de la realidad. Claro que es importante y sin lugar a dudas deben representar un gran aporte al conocimiento, por ejemplo, las evidencias cerámicas de la excavación de la estructura 23 de la plaza H de un sitio arqueológico de la Mixteca Baja, pero es igualmente fundamental poder entender este sitio en el contexto de una región, de una época y como parte de un área cultural mayor que, si bien tiene sus particularidades, comparte rasgos y características con otras culturas.

La virtud de estos cuatro volúmenes de *Historia antigua de México* es que precisamente proporcionan las dos visiones: la general y la especializada. Se atiende a la diversidad y la pluralidad propia de un mosaico cultural, al mismo tiempo que proporciona una visión de conjunto.

De la misma manera que la magna obra de Alfredo Chavero se estudia en la actualidad como un ejemplo de la historiografía positivista mexicana, esta *Historia antigua de México* con seguridad será objeto de análisis cuando se quiera conocer la manera en que se hacía historia a principios del siglo XXI. Servirá sin

duda para entender cómo se construyó la visión de la historia prehispánica en los inicios de este siglo. A veinte años de su primera edición podemos constatar que esta obra ya tiene una vida propia. —



CRÓNICA

Descenso motorizado a los infiernos



Francisco Goldman
EL CIRCUITO INTERIOR.
UNA CRÓNICA DE LA
CIUDAD DE MÉXICO
Traducción de Juan
Antonio Montiel
Madrid, Turner, 2015,
284 pp.

✎ **ALBINSON LINARES**

1. ANATOMÍA DEL DUELO. Unos bambús enfilados, un tardío proyecto de manejo y los intrincados destinos de la *Guía Roji* de ciudad de México sirven para activar la compleja maquinaria de los recuerdos que Francisco Goldman vierte, página tras página, en medio del horror y la lucidez. En *El circuito interior*, el autor se atrincheró en la crónica como género y expande sus dominios hacia el ensayo, las memorias, el recuento noticioso y las reflexiones políticas para crear un valioso testimonio de la crisis social vivida en México durante los últimos años.

Sin embargo, la maestría del escritor no solo radica allí. Premiado novelista, cronista y académico, Goldman (Boston, 1954) ha realizado junto a sus lectores un largo viaje a través del dolor causado por la muerte de su joven esposa, la escritora Aura Estrada. El trágico accidente de *body surfing*, ocurrido en 2007, es narrado en *Di su nombre* (Sexto Piso, 2012), libro de no ficción donde se encierra en los tremedales del luto realizando un duro ejercicio psicológico que le valió el reconocimiento de la crítica y los lectores.

Cinco años después vuelve a revisitarse sus recuerdos en *El circuito interior*. Un lustro pareciera tiempo suficiente para cambiar las cosas y amainar ciertas tormentas interiores pero, a las primeras de cambio, nos encontramos con un Goldman convaleciente del mortífero veneno del pasado.

Así lo muestra el párrafo que dedica a la misa en memoria de su esposa: “Quería estar solo para poder concentrarme de un modo especial en ese quinto aniversario y otorgarle así, en mi interior, un significado profundo, incluso sagrado. ¿En qué se distinguía ese día de cualquier otro? Para mí, simbolizaba el arribo del temido día en que habría estado separado de Aura más tiempo del que había estado junto a ella; sin embargo, ¿suponía eso un antes y un después auténticamente tangible, auguraba algún tipo de cambio? Quizás ese día no era distinto de muchos otros, no lo sería, y no tenía por qué serlo.”

2. LA MUERTE JOVEN. En este volumen el escritor prosigue con su duelo y atestigua, con perplejidad, ese vano lugar común de que “la vida sigue” mientras permanece estático en ese islote del desamparo que es la pena. Parte de una travesía motorizada, fruto de una confesión: admite que vive en la ciudad de México desde hace años pero no se atreve a manejar en ella.

El monstruo de las 99,100 calles y 6,400 colonias registradas en su *Guía Roji* lo desanima. Por ello inicia una serie de excursiones por el laberíntico Distrito Federal, para recalcar en la violencia como una nota permanente dentro del libro. La realidad mexicana lo acecha en cada recodo de sus clases de manejo, en las equivocaciones que comete y las noticias que lee.

El lector se ve zarandeado desde las tormentas internas que vive Goldman, a las tragedias colectivas como Atenco, los desaparecidos del bar Heaven y los de la normal de Ayotzinapa. Goldman sintetiza la desazón que le causan estos acontecimientos en una línea:

“Demasiada gente muere joven en la ciudad de México.”

Mientras el escritor hace un recuento de sus travesías y va desovillando las sangrientas tragedias o las historias de los desaparecidos que vertebran algunos capítulos de la obra, el lector puede advertir que la ausencia de Aura Estrada es la gran protagonista: “La calle estaba tan atestada de estudiantes que manejar por ahí fue como atravesar un pueblo en día de mercado. Había un montón de muchachos y muchachas de diecinueve o veinte años, casi todos con el pelo negro como Aura, con jeans y camisetas, faldas y blusas holgadas [...] Nadie se apresuró a dejarme pasar, así que avancé a su paso en un estado casi alucinatorio, sin tristeza alguna, sino feliz de haberla encontrado de pronto —porque Aura sin duda estaba aquí en alguna parte—, y lleno de saudade, porque evidentemente no estaba: sintiendo la presencia de una ausencia.”

3. EL MEMORIAL DEL DESASTRE.

Hay largos pasajes en los que Goldman, veterano reportero, se lanza a la búsqueda de respuestas. Entrevista a funcionarios, revisa rutinariamente los medios, asiste a reuniones, redacta crónicas, visita en Tepito a los familiares de los jóvenes desaparecidos en el Heaven y en esas pesquisas traza una ruta donde la corrupción, la impunidad, la muerte y el horror son las constantes de la realidad mexicana.

Y, sin embargo, sobresalen sus indagaciones personales. La dureza con que se castiga y perdona por la viudez son de una valía tal que uno trasiega todo ese descenso a los infiernos de México, solo para saber más de las penitencias de Goldman. Para verlo cuando se despierta en la madrugada y aúlla, uniendo su dolor personal con las penas colectivas, todo en una sola tragedia: “Ese vacío indeciblemente horrendo,

desgarrador, inimaginable para mí, que ella enfrentó sola —igual que enfrentó sola su propia muerte apenas unas horas después—, cuando yo ya no podía ayudarla, cuando ya no iba a poder ayudarla jamás, cuando mi amor no podía haber sido más inútil. ¿Cómo es, cómo estará siendo para las familias de Tepito pensar en la suerte de sus seres queridos? ¿Qué sienten cuando se despiertan a las tres de la mañana?”

El circuito interior deviene un animal crónico que se debate entre la dolorosa placidez del duelo, los excesos como apuesta por el olvido y la reflexión constante sobre el estado de las cosas en México. El rastro de Aura Estrada impregna cada página porque es patente que vivirá siempre en la imaginación de Goldman, y este la metió en nuestras vidas para que sepamos, de una vez y para siempre, que somos parte de ese amor que ya no está. —

ESTE VERANO VA A ESTAR
LIBRÍSIMO!

Del 20 de junio al 16 de agosto
#VeranoenCoyoacán

2015
VERANO EN
COYOACÁN
CENTRO CULTURAL ELENA GARRO

Consulta, elige
e insíbete en:
www.educal.com.mx/verano

Cine • Artes • Literatura
Teatro • Ciencia y más

EDUCAL
la experiencia de leer

CENTRO CULTURAL ELENA GARRO

Informes e inscripciones en:
Centro Cultural Elena Garro
Fernández Leal núm. 43, Barrio de la Concepción
delegación Coyoacán, México DF.
Informes: adelnagarro@educal.com.mx
Teléfonos: 5005-4091 y 5005-4082

f EducAl
f Centro Cultural Elena Garro

@LibreriasEducAl
@cc_elenagarro